

Bibliografía

SERIE ORIGINAL DE CONAN, ESCRITA POR ROBERT E. HOWARD

The Coming of Conan the Cimmerian, Nueva York, Del Rey, 2003.
The Bloody Crown of Conan, Nueva York, Del Rey, 2004.
The Conquering Sword of Conan, Nueva York, Del Rey, 2005.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ARELLANO, Francisco, «Weird Tales, única ayer y hoy», en VV. AA., *Weird Tales (1923, 1932)*, Madrid, La biblioteca del laberinto, 2006.
- ARSENAL, León, SÁNCHEZ ARRATE, Eugenio y PALLARÉS, José Miguel, *Conan. Un estudio sobre el mito*, Madrid, Metrópolis Milenio, 1999.
- BARRERO, Manuel, *Conan, la imagen de un mito*, Palma de Mallorca, Dolmen Editorial, 2011.
- BURKE, Rusty, «A Short Biography of Robert E. Howard», en Robert E. Howard, *The Savage Tales of Solomon Kane*, Nueva York, Del Rey, 2004.
- «Introduction», en Robert E. Howard, *The Bloody Crown of Conan*, Nueva York, Del Rey, 2004.
- «Robert E. Howard Fiction and Verse Timeline», en howard-works.com
- CALDERÓN, Francisco, *Conan. Biografía de una leyenda*, Palma de Mallorca, Dolmen Editorial, 2004.
- *Las crónicas nemedias*, Palma de Mallorca, Dolmen Editorial, 2008.

- CIRLOT, Juan Eduardo, *Diccionario de símbolos*, Madrid, Siruela, 1997.
- CLUTE, John, «Howard, Robert E(rvin)», en John Clute y John Grant, *The Encyclopedia of Fantasy*, Londres, Orbit, 1997.
- ELLIS, Novalyne Price, *One Who Walked Alone: Robert E. Howard. The Final Years*, New Hampshire, Donald M. Grant Inc., 1986.
- *Day of the Stranger: Further Memories of Robert E. Howard*, West Warwick, Necronomicon Press, 1989, edición y notas de Rusty Burke.
- GARCÍA HERRANZ, Juan Carlos, *Conan. Guía de la Era Hiboria*, Madrid, Alberto Santos Editor, 1996.
- GIANNI, Gary, «Foreword», en *The Bloody Crown of Conan*, Nueva York, Del Rey, 2004.
- HAGGARD, H. Rider, *Eric Ojos Brillantes*, Madrid, Miraguano Ediciones, 1991.
- HOWARD, Robert E., *El Templo de Yun-Shatu*, Barcelona, Mateu Editor, 1947, trad. Casa de Vall.
- *La ciudad muerta*, Barcelona, Mateu Editor, 1948, trad. Juan González de Luaces.
- *Noches en Zamboula*, Barcelona, Mateu Editor, 1948, trad. Juan González de Luaces.
- *Clavos rojos*, Barcelona, Sulaco Ediciones, 2000, trad. León Arsenal.
- *Las extrañas aventuras de Solomon Kane*, Madrid, Valdemar, 2003, trad. León Arsenal.
- «Notes on Various Peoples of the Hyborian Age», en *The Coming of Conan the Cimmerian*, Nueva York, Del Rey, 2003.
- «The Hyborian Age», en *The Coming of Conan the Cimmerian*, Nueva York, Del Rey, 2003.
- *Conan de Cimmeria (1932-1933)*, Barcelona, Timun Mas, 2004, trad. Beatriz Oberländer y Manuel Mata Álvarez-Santullano.
- *Conan de Cimmeria (1934)*, Barcelona, Timun Mas, 2005, trad. Manuel Mata Álvarez-Santullano.
- «Letter to P. Schuyler Miller», en *The Conquering Sword of Conan*, Nueva York, Del Rey, 2005.
- *Conan de Cimmeria (1935-1936)*, Barcelona, Timun Mas, 2006, trad. Manuel Mata Álvarez-Santullano.

- *The Collected Letters of Robert E. Howard*, Plano, Robert E. Howard Foundation Press, 2007-2008, 3 vols., editado por Rob Roehm, introducción y notas de Rusty Burke.
- KNIGHT, George, «Robert E. Howard: Hard-Boiled Heroic Fantasy», en Don Herron, editor, *The Dark Barbarian: The Writings of Robert E Howard: A Critical Anthology*, Maryland, Wildside Press, 1984.
- LORD, Glenn, *The Last Celt: a Bio-Bibliography of Robert Ervin Howard*, West Kingston, Donald M. Grant, 1976.
- LOUINET, Patrice, «Hyborian Genesis», en Robert E. Howard, *The Coming of Conan the Cimmerian*, Nueva York, Del Rey, 2003.
- «Introduction», en Robert E. Howard, *The Coming of Conan the Cimmerian*, Nueva York, Del Rey, 2003.
- «Hyborian Genesis Part III», en Robert E. Howard, *The Conquering Sword of Conan*, Nueva York, Del Rey, 2005.
- LOVECRAFT, H. P., «In Memoriam: Robert Ervin Howard», en Robert E. Howard, *The Savage Tales of Solomon Kane*, Nueva York, Del Rey, 2004.
- MARTÍN LALANDA, Javier, *La canción de las espadas*, Madrid, Tiempo de ediciones, 1983.
- «Crónica de un desencanto» en *Gigamesh*, 39, Barcelona, Gigamesh, 2005, págs. 138-143.
- *Cuando cantan las espadas*, Madrid, La biblioteca del laberinto, 2009.
- MORCOOCK, Michael, «Conan: American Phenomenon», en Paul M. Sammon, *Conan the Phenomenon*, Milwaukie, Dark Horse, 2007.
- ROMEO, Gary, «Southern Discomfort: Was Howard a Racist?», en http://www.rehupa.com/OLDWEB/romeo_southern.htm
- SAMMON, Paul M., *Conan the Phenomenon*, Milwaukie, Dark Horse, 2007.
- SPRAGUE DE CAMP, L., CROOK DE CAMP, Catherine y WINTTINGTON GRIFFIN, Jane, *Dark Valley Destiny. La vida de Robert E. Howard*, Palma de Mallorca, Dolmen Editorial, 2005.
- YEXUS, *Conan (Paisajes bárbaros)*, Madrid, Ediciones Sins Entido, 2004.



La elegancia del maestro Roy Krenkel.



Boceto del artista definitivo de Conan, Frank Frazetta (c. 1970).

Conan



Comparación entre las fronteras del mundo moderno y los países de la era hiboria, mapa de Robert E. Howard.



La era hiboria según Marvel Comics.

El fénix en la espada¹

Sabe, oh, príncipe, que entre el periodo en que los océanos se tragaron la Atlántida y las ciudades relucientes y el del surgimiento de los hijos de Arias² hubo una era inimaginable, de reinos brillantes que se extendían sobre el mundo como mantos azules bajo las estrellas: Nemedias, Ofir, Britunia, Hiperbórea, Zamora, con sus mujeres de cabellos oscuros y el misterio de sus torres de embrujos arácnidos, Zíngara y sus caballerías, Koth, que lindaba con las tierras pastoriles de Shem, Estigia, con sus tumbas guardadas por sombras, Hirkania, cuyos jinetes lucían acero y seda y oro. Pero el reino más imponente del mundo era Aquilonia, dominador supremo del occidente de ensueño. Y allí llegó Conan³, el cimerio, pelo negro, hosca mirada, espada en mano, un ladrón, un saqueador, un asesino, de gigantescas melancolías y júbilo gigantesco, para pisotear con sus sandalias los tronos enjorjados de la Tierra.

Las crónicas nemedias⁴

Sobre los chapiteles sombríos y las relucientes torres se extendían la oscuridad y el silencio que transcurren antes del amanecer. En el interior de una callejuela oscura, una de tantas en un verdadero laberinto de misteriosos caminos serpenteantes, cuatro contornos enmascarados salieron raudos por la puerta que abrió furtivamente una mano morena. No hablaron, se internaron a toda prisa en la penumbra, estrechamente envueltos en sus

capas; desaparecieron en la oscuridad tan silenciosos como fantasmas de hombres asesinados. A sus espaldas, un sardónico semblante quedó enmarcado en la puerta medio abierta; un par de ojos diabólicos destellaron con malevolencia en la penumbra.

—Ingresad en la noche, criaturas de la noche —se burló una voz—. Ay, idiotas, la fatalidad os pisa los talones como un perro ciego, y no lo sabéis.

El que hablaba cerró la puerta y echó el cerrojo, luego se dio la vuelta y, vela en mano, ascendió por el corredor. Era un gigante sombrío, cuya piel morena revelaba sangre estigia⁵. Pasó a una cámara interior, en la que un hombre alto y enjuto, vestido de terciopelo, se arrellanaba sobre un diván de seda como un gato grande y remolón, sorbiendo vino de una enorme copa dorada.

—Bien, Ascalante —dijo el estigio⁶, soltando la vela—, tus peles se han escabullido en las calles como ratas que salen de sus madrigueras. Te vales de extraños instrumentos.

—¿Instrumentos? —replicó Ascalante—. Vaya, eso es lo que ellos me consideran a mí. Durante los últimos meses, desde que los Cuatro Rebeldes me hicieron venir del desierto del sur, he vivido entre mis enemigos, oculto de día en esta casa sombría, merodeando de noche por pasadizos oscuros y corredores aún más oscuros. Y he logrado lo que esos nobles rebeldes no pudieron. Valiéndome de ellos y de otros agentes, muchos de los cuales no han visto nunca mi rostro, he colmado el imperio de sedición y descontento. En pocas palabras, trabajando en las sombras he pavimentado la caída del rey que toma el sol entronizado. Por Mitra⁷, que antes de proscrito fui estadista.

—¿Y esos idiotas que se consideran tus amos?

—Seguirán creyendo que soy su sirviente hasta que se complete nuestro cometido actual. ¿Quiénes son ellos para medir su ingenio con el de Ascalante? Volmana, el

conde enano de Karaban; Gromel, el gigante caudillo de la Legión Negra; Dion, el gordo barón de Attalus; Rinaldo, el juglar disparatado. Yo soy la fuerza que ha aleado el acero de cada uno, y por su arcilla los aplastaré cuando llegue el momento. Pero eso es el futuro; esta noche muere el rey.

—Hace días vi a los escuadrones imperiales saliendo de la ciudad a caballo —dijo el estigio.

—Cabalgan hacia la frontera asediada por los pictos⁸ a causa del fuerte licor que he pasado de contrabando en la linde y que ha enloquecido a esos impíos. Ha sido posible gracias a la enorme riqueza de Dion. Y gracias a Volmana disponemos del resto de las tropas imperiales que quedan en la ciudad. Por medio de su princesca parentela en Nemedía fue fácil persuadir al rey Numa para que requiriese la presencia del conde Trocero de Poitain, senescal⁹ de Aquilonia; y, claro está, que conforme a los honores ha de llegar acompañado de una escolta imperial, así como de sus propias tropas y de Próspero, la mano derecha del rey Conan. Eso deja en la ciudad solo a la guardia personal del rey, aparte de la Legión Negra. Mediante Gromel, he corrompido a un manirroto oficial de la guardia y lo he sobornado para que mantenga a sus hombres alejados de la puerta del rey a medianoche.

»A esa hora, con dieciséis intrépidos maleantes a mis órdenes, entraremos en palacio por un túnel secreto. Y cuando el acto se haya consumado, aun si el pueblo no se pone en pie para aclamarnos, la Legión Negra de Gromel bastará para mantener la ciudad y la corona.

—¿Y Dion piensa que esa corona es para él?

—Sí. El gordo idiota la reclama en virtud de un vestigio de sangre real. Conan comete un grave error dejando vivir a hombres que aún alardean de descender de la vieja dinastía, a la que él arrebató la corona de Aquilonia.

»Volmana desea ver restaurado el favor real que tenía bajo el viejo régimen para que sus arruinadas fincas alcancen el esplendor de antaño. Gromel odia a Pallantides, el comandante de los Dragones Negros, y desea el mando de todo el ejército con la terquedad propia de un bosonio. De todos nosotros, solo Rinaldo carece de ambición personal. Él ve en Conan un bárbaro de manos sangrientas y pies callosos, venido del norte a saquear una tierra civilizada. Ha idealizado al rey que Conan asesinó y arrebató la corona, pues solo recuerda que ocasionalmente patrocinó las artes y olvida las maldades de su reinado, y está haciendo que la gente también las olvide. Ya se canta abiertamente *El lamento por el rey*, con el que Rinaldo lauda al villano santificado y denuncia a Conan, «ese salvaje de negro corazón que vino del abismo». Conan se ríe, pero la gente gruñe.

—¿Por qué odia a Conan?

—Los poetas siempre odian a los que detentan el poder. Para ellos, la perfección anda siempre detrás de la última esquina, o más allá de la próxima. Rehúyen el presente con sueños del pasado y del futuro. Rinaldo es una antorcha encendida de idealismo, que se alza, o eso piensa, para derrocar a un tirano y liberar al pueblo. Y en cuanto a mí... bueno, hace solo unos meses no me quedaba otra ambición que pasar el resto de mi vida asaltando caravanas, ahora se avivan viejos sueños. Conan morirá, Dion subirá al trono. Y entonces él también morirá. Morirán uno a uno todos los que se me opongan, por el fuego o el acero o mediante esos vinos mortíferos que tan bien elaboras. ¡Ascalante, rey de Aquilonia! ¿Qué tal te suena eso?

El estigio encogió sus anchos hombros.

—Hubo un tiempo —dijo con evidente amargura— en el que yo también tenía mis ambiciones, frente a las cuales las tuyas parecen vulgares e infantiles. ¡Qué bajo he caído! ¡Mis viejos pares y rivales se asombrarían, y de

qué manera, si pudieran ver a Thoth-amón¹⁰ el del Anillo sirviendo como esclavo de un extranjero, que es además forajido, colaborando en las nimias ambiciones de nobles y reyes!

—Depositaste tu confianza en magia y pantomimas —repuso despreocupadamente Ascalante—. Yo confío en mi ingenio y mi espada.

—Ingenios y espadas son como juncos contra el saber de la Oscuridad —gruñó el estigio, en cuyos ojos oscuros titilaban amenazantes luces y sombras—. Si no hubiese perdido el Anillo, nuestras posiciones bien podrían ser las contrarias.

—No obstante —contestó al punto el proscrito—, llevas las marcas de mi látigo en tu espalda, y muy probablemente seguirás llevándolas.

—¡No estés tan seguro! —Por un instante, el diabólico odio del estigio brilló rojizo en sus ojos—. Algún día, de algún modo, hallaré de nuevo el Anillo, y cuando lo haga, por los serpentinos colmillos de Set¹¹, me las pagarás...

El furibundo aquilonio se incorporó y golpeó al otro con fuerza en la boca. Thoth retrocedió tambaleándose, la sangre manaba de sus labios.

—Eres demasiado descarado, perro —rugió el forajido—. Cuídate, aún soy tu amo y conozco tu oscuro secreto. Sube al tejado y grita que Ascalante está en la ciudad conspirando contra el rey... si te atreves.

—No me atrevo a ello —musitó el estigio, secándose la sangre de los labios.

—No, no te atreves —Ascalante sonrió con aire siniestro—. Porque si muero por una treta o traición tuya, lo sabrá un ermitaño del desierto del sur y romperá el sello del manuscrito que puse en sus manos. Y habiéndolo leído, correrá un rumor en Estigia y llegará de im-

provisio un viento del sur a medianoche. ¿Y dónde esconderás entonces tu cabeza, Thoth-amón?

El esclavo se estremeció y su rostro moreno se puso lívido.

—¡Basta! —Ascalante cambió el tono perentoriamente—. Tengo trabajo para ti. No confío en Dion. Le ordené que cabalgase a su hacienda y que permaneciese allí hasta que esté hecho el trabajo de esta noche. El tonto obeso habría sido incapaz de ocultar hoy su nerviosismo ante el rey. Cabalga tras él, y si no le das alcance por el camino, continúa hasta su finca y permanece con él hasta que lo mandemos llamar. No lo pierdas de vista. Le apabulla el miedo y podría desertar... Podría incluso ir corriendo a Conan en un ataque de pánico y revelar todo el complot con la esperanza de salvar así su propio pellejo. ¡Vete!

El esclavo hizo una reverencia, ocultando el odio en sus ojos, y acató lo ordenado. Ascalante volvió de nuevo a su vino. Sobre los chapiteles enjoyados se alzaba un amanecer carmesí como la sangre.

II

Cuando era yo guerrero, batían los tambores,
Al pie de mi caballo, vertíanse las flores;
Ahora soy monarca, el pueblo me respalda:
Veneno hay en mi copa, y dagas a mi espalda.

El camino de los reyes

La estancia era grande y ornamentada, con ricos tapices en los muros finamente panelados, alfombras mullidas sobre el suelo de marfil y el alto techo adornado con tallas intrincadas y volutas de plata. Detrás de un escritorio de marfil con taracea de oro se sentaba un hombre cuyas anchas espaldas y piel bronceada parecían fuera de lugar en aquel entorno de lujo exuberante. Antes pa-

recía pertenecer al sol y los vientos y las altas cumbres de las provincias. Su más ligero movimiento denotaba músculos hechos de acero, conectados a un agudo cerebro con la coordinación de un guerrero nato. En sus acciones no había nada pausado ni comedido. O estaba absolutamente quieto, inmóvil como una estatua de bronce, o en movimiento, no con la desmañada rapidez de unos nervios sobrecargados, sino con una velocidad felina que nublaba la vista del que trataba de seguirlo.

Sus ropajes eran de ricas telas, pero de factura sencilla. No llevaba anillo ni adornos y su melena negra, de corte liso, estaba recogida sobre su cabeza con una simple banda de paño plateado.

De pronto soltó el estilete de oro con el que había estado garabateando en unos papiros encerados, reposó la barbilla sobre su puño y clavó con envidia sus ardientes ojos azules en el hombre que estaba de pie frente a él. En aquel momento, dicha persona estaba ocupada en sus propios asuntos, acortando los lazos de su armadura engastada en oro y silbando distraída, un comportamiento muy poco convencional, considerando que se hallaba en presencia de un rey.

—Próspero —dijo el hombre sentado a la mesa— estos asuntos de Estado me cansan más que todos los combates que he mantenido juntos.

—Todo es parte del juego, Conan —contestó el poiteño de ojos oscuros—. Eres rey, debes interpretar tu papel.

—Desearía poder cabalgar contigo hasta Nemedía —dijo Conan con envidia—. Parece que ha pasado un siglo desde que tuve un caballo entre las piernas... Pero Publius dice que los asuntos de la ciudad requieren mi presencia. ¡Maldito sea!

»Cuando derroqué a la vieja dinastía —continuó hablando con la llana confianza que existía solo entre el poiteño y él—, la cosa resultó bastante fácil, aunque me pareció bien duro entonces. Mirando atrás ahora al ca-

mino salvaje que recorrí, todos esos días de faena, intriga, matanza y tribulaciones parecen un sueño.

»Pero me quedé corto al soñar, Próspero. Cuando el rey Numedides yacía muerto a mis pies y le arranqué la corona de su cabeza ensangrentada y la coloqué en la mía propia, alcancé el límite final de mis sueños. Me había preparado para tomar la corona, no para mantenerla¹². En los viejos días de libertad, todo lo que quería era una espada afilada y camino recto hacia mis enemigos. Ahora ningún camino es recto y mi espada no sirve para nada.

»Cuando derroqué a Numedides, fui el Libertador; ahora escupen en mi sombra. Han puesto una estatua de ese puerco en el templo de Mitra, y la gente va y gime delante de ella, aclamándola como la efigie sagrada de un santo monarca, muerto a manos de un bárbaro sanguinario. Cuando como mercenario lideré sus ejércitos hasta la victoria, Aquilonia pasó por alto el hecho de que yo fuese extranjero, pero ahora no puede perdonármelo.

»Ahora van al templo de Mitra a quemar incienso en memoria de Numedides los mismos hombres que antes fueron cegados y mutilados por sus verdugos, hombres cuyos hijos murieron en sus mazmorras, cuyas viudas e hijas fueron arrastradas al serrallo. ¡Idiotas veleidosos!

—Rinaldo es ampliamente responsable de ello—contestó Próspero, ajustándose el cinto de la espada—. Sus canciones enfurecen a los hombres. Cuélgalo de la torre más alta de la ciudad, con su atuendo de bufón. Que componga rimas a los buitres.

Conan negó con su cabeza de león.

—No, Próspero, él está fuera de mi alcance. Un gran poeta es más grande que cualquier rey. Sus canciones son más poderosas que mi cetro; y casi me desgarran el corazón en el pecho cuando cantó para mí. Yo moriré y seré olvidado, pero las canciones de Rinaldo vivirán por siempre.

»No, Próspero —continuó el rey, con el sombrío atisbo de la duda oscureciendo sus ojos—, hay algo oculto, un trasfondo del que no somos conscientes. Lo presiento del mismo modo que en mi juventud presentía al tigre oculto en la maleza. Un malestar innominado recorre el reino. Soy como un cazador que se agacha junto a su pequeña fogata en el bosque y escucha unas pisadas sigilosas en la oscuridad e intuye el brillo trémulo de unos ojos encendidos. ¡Si tan solo pudiese captar algo tangible, algo que rajar con mi espada! Te digo que no es casualidad que los pictos hayan asaltado últimamente las fronteras, con una fiereza tal que los bosonios han acabado pidiendo ayuda para poder repelerlos. Debí haber cabalgado hasta allí con las tropas.

—Publius temía una maquinación para atraparte y asesinarte más allá de la frontera —replicó Próspero, alisándose la sedosa sobreveste que llevaba encima de una cota de malla reluciente, mientras admiraba su esbelta figura en un espejo de plata—. Por eso te instó a que permanecieses en la ciudad. Esas dudas nacen de tus instintos salvajes. ¡Déjalos que gruñan! Los mercenarios están de nuestro lado, y los Dragones Negros, y cada bellaco de Poitain jura por ti. Tu única amenaza es el asesinato, y este es del todo imposible con los soldados de las tropas imperiales protegiéndote día y noche. ¿Qué es eso en lo que estás trabajando?

—Un mapa —contestó Conan con orgullo—. Los mapas de la corte muestran correctamente los países del sur, del este y del oeste, pero en el norte son vagos y defectuosos. Estoy añadiendo por mí mismo las tierras del norte. Aquí está Cimeria, donde yo nací, y...

—Asgard y Vanaheim —Próspero examinó el mapa—. Por Mitra, uno diría que son países de fábula.

Conan rio como un salvaje, acariciando involuntariamente las cicatrices de su rostro oscuro.

—¡Pensarías de otro modo si hubieses pasado tu juventud en las fronteras del norte de Cimeria! Asgard se extiende al norte y Vanaheim al noroeste de Cimeria, y hay guerra continua a lo largo de las fronteras.

—¿Qué clase de hombres son esos norteños? —preguntó Próspero.

—Altos y rubios y de ojos azules. Su dios es Ymir, el gigante helado¹³, y cada tribu tiene su propio rey. Son díscolos y feroces. Pelean todo el día y beben cerveza y rugen canciones salvajes toda la noche.

—Entonces tú eres uno de ellos —rio Próspero—. Te carcajeas, bebes en abundancia y bramas tus buenas canciones; aunque nunca he visto otro cimerio que beba nada que no sea agua, o que se ría o que entone algo distinto de un canto fúnebre.

—Quizá sea la tierra que habitan —respondió el rey—. La tierra más sombría que existió jamás... Solo colinas, oscuras y boscosas, bajo cielos casi siempre grises, con vientos que gimen deprimentes en los valles¹⁴.

—No es de extrañar que allí los hombres se vuelvan taciturnos —sostuvo Próspero encogiéndose de hombros y pensando en las sonrientes planicies bañadas por el sol y en los ríos azules y perezosos de Poitain, la provincia más sureña de Aquilonia.

—No tienen esperanza en el presente ni en el futuro —contestó Conan—. Sus dioses son Crom¹⁵ y su raza oscura, regentes de un lugar sin sol y de eterna niebla, que es el mundo de los muertos. ¡Mitra! Las costumbres de los æsir¹⁶ eran más de mi gusto.

—Bueno —dijo Próspero sonriendo—, dejaste muy atrás las colinas oscuras de Cimeria. Y ahora me marchó. Engulliré a tu salud una copa de vino nemedio en la corte de Numa.

—Bien —gruñó el rey—, ¡pero a las bailarinas de Numa bésalas sólo de tu parte, no sea que causes un problema de Estado!

Sus violentas carcajadas acompañaron a Próspero fuera de la cámara.

III

Debajo de cavernas y pirámides duerme el gran Set enroscado;
Rodeado de tinieblas y sarcófagos mora el linaje malvado.
Recito la palabra del abismo, nunca vio el sol ese foso:
¡Envíale a mi odio algún lacayo, oh, deslumbrante Escamoso!

El sol se ponía, imprimiendo un oro fugaz en el verde y brumoso azul del bosque. Los rayos declinados destellaron en la gruesa cadena dorada que Dion de Attalus retorció continuamente con su mano regordeta mientras se sentaba en la llameante profusión de flores y árboles floreados que era su jardín. Movi6 su cuerpo rollizo en el asiento de mármol y echó una mirada furtiva a su alrededor, como si buscara un enemigo al acecho. Estaba sentado en una arboleda circular de estilizados troncos, cuya ramas solapadas proyectaban una densa sombra sobre él. Muy cerca, una fuente tintineaba dulcemente, y otras fuentes ocultas en diversos lugares del enorme jardín susurraban una sinfonía eterna.

Dion estaba solo, excepción hecha de la gran figura morena que se arrellanaba en un banco de mármol situado aún más cerca y que observaba al barón con ojos profundamente sombríos. Aquel apenas tenía en cuenta a Thoth-amón. Sabía remotamente que era un esclavo en el que Ascalante depositaba mucha confianza, pero como tantos hombres adinerados, Dion prestaba escasa atención a los que estaban por debajo de su propia clase.

—No tienes por qué mostrarte tan nervioso —dijo Thoth—. El plan no puede fallar.

—Ascalante es capaz de cometer errores como cualquiera —espetó Dion, sudando ante la mera idea del fracaso.

—Él no. —El estigio sonrió cruelmente—. En tal caso no sería yo su esclavo, sino su amo.

—¿Qué estás diciendo? —repuso Dion, enfurruñado y medio ausente de la conversación.

Los ojos de Thoth-amón se entrecerraron. Aun con todo su férreo autocontrol, estaba a punto de estallar de la vergüenza, el odio y la rabia largamente acumulados, y listo para correr cualquier riesgo, por desesperado que fuese. Pero no contaba con que Dion no veía en él a un ser humano, sino simplemente a un esclavo, esto es, a una criatura insignificante.

—Escúchame —dijo Thoth—. Tú vas a ser rey. Pero poco sabes lo que tiene en mente Ascalante. No podrás confiar en él una vez que Conan haya sido asesinado. Yo puedo auxiliarte. Si me proteges cuando llegues al poder, te ayudaré.

»Escucha, mi señor. Allá en el sur, yo era un gran hechicero. Los hombres hablaban de Thoth-amón como hablan de Rammón. El rey Ctesphon de Estigia me hizo un gran honor, degradó a los magos de los altos puestos para exaltarme a mí sobre ellos. Ellos me odiaban, pero me tenían miedo, pues yo controlaba seres del más allá que acudían a mi llamada y obedecían mis órdenes. ¡Por Set, mis enemigos no sabían en qué momento despertarían a medianoche y sentirían en su garganta las garras de un horror innombrable! Practiqué magia negra y terrible con el Anillo de la Serpiente de Set, que encontré a una legua bajo tierra, en una tumba oscura y ya olvidada antes de que el primer hombre saliera arrastrándose del viscoso mar.

»Pero un ladrón robó el Anillo y cesó mi poder. Los magos se alzaron para matarme, y escapé. Viajaba en una caravana por tierras de Koth, disfrazado de camellero,

cuando los asaltadores de Ascalante cayeron sobre nosotros. Todos los de la caravana fueron asesinados, todos menos yo; salvé la vida revelando mi identidad a Ascalante y jurando servirle. ¡Qué amarga ha sido esa sumisión!

»Para sojuzgarme, escribió de mí en un manuscrito y lo selló y lo puso en manos de un ermitaño que mora en la frontera sur de Koth. No me atrevo a clavarle una daga mientras duerme, o a delatarlo a sus enemigos, pues el ermitaño abriría entonces el manuscrito y lo leería, tal como Ascalante le ha ordenado. Y haría correr un rumor en Estigia...

Thoth se estremeció de nuevo y un tono ceniciento tiñó su piel morena.

—En Aquilonia los hombres no saben quién soy —dijo—. Pero si conocieran mi paradero mis enemigos de Estigia, ni medio mundo de distancia interpuesto entre ellos y yo bastaría para salvarme de una maldición capaz de reventarle el alma a una estatua de bronce. Solo un rey con castillos y un ejército de espadachines podrían protegerme. Por eso te he contado mi secreto, y te imploro que hagas un pacto conmigo. Yo puedo ayudarte con mi sabiduría y tú puedes protegerme. Y algún día encontraré el Anillo...

—¿Anillo? ¿Anillo? —Thoth había subestimado el completo egoísmo de aquel hombre. Dion no había escuchado el discurso del esclavo, absorto como estaba completamente en sus propios pensamientos, pero la última palabra produjo ondas que se introdujeron en su ensimismamiento.

—¿Anillo? —repitió—. Eso me recuerda... mi anillo de la buena suerte. Lo obtuve de un ladrón shemita que juraba habérselo robado a un mago, muy al sur, y que me traería suerte. Sabe Mitra que le pagué bastante. Por los dioses, necesito toda la suerte que pueda tener, con Volmana por un lado y Ascalante por otro arrastrándome a sus sangrientas intrigas... Voy a usar el anillo.

Thoth dio un brinco y la sangre se agolpó oscura en su rostro mientras sus ojos llameaban con el asombro y la furia de quien de pronto se da cuenta de la vasta hondura de la estupidez de un zopenco. Dion no le prestaba la menor atención. Alzando una tapa secreta del asiento de mármol, revolvió durante unos momentos un montón de bagatelas de diversa clase: amuletos primitivos, pedacitos de hueso, piezas de joyería de lo más vulgar, artículos de la buenaventura o del mal de ojo que la naturaleza supersticiosa de aquel hombre le había inducido a ir acumulando.

—¡Ah, aquí está! —Alzó triunfante un anillo de curiosa factura. Era de un metal similar al cobre y tenía la forma de una serpiente escamosa que se enroscaba tres veces sobre sí misma y se mordía la cola. Sus ojos eran gemas amarillas de siniestro relumbre. Thoth-amón gritó como si lo hubieran golpeado, y Dion se dio la vuelta y miró boquiabierto, con su rostro repentinamente lívido. Los ojos del esclavo ardían, su boca se abrió por entero, sus enormes manos morenas se desplegaron como garras.

—¡El anillo! ¡Por Set! ¡El anillo! —chilló—. Mi anillo... El que me robaron...

El acero destelló en la mano del estigio, y con una sacudida de sus grandes hombros morenos condujo la daga al interior del grueso cuerpo del barón. El agudo y corto alarido de Dion devino en un ahogado gorgoteo y su fofa complexión se desplomó como mantequilla fundida. Necio hasta el final, murió presa de un horror insano, sin saber por qué. Arrojando a un lado el derrumbado cadáver, y habiéndolo ya olvidado, Thoth agarró el anillo con las dos manos. Sus ojos oscuros ardían de aterradora avidez.

—¡Mi anillo! —suspiró con un júbilo terrible—. ¡Mi poder!

Cuánto tiempo había permanecido en cuclillas sobre aquella cosa siniestra, inmóvil como una estatua, llenando su oscura alma del aura malvada, ni siquiera el estigio lo sabía. Cuando se sacudió el ensueño y retiró su mente de los negros abismos que había estado escrutando, la luna se alzaba, proyectando largas sombras en el suave respaldo de mármol del asiento del jardín, a cuyos pies se extendía la sombra todavía más oscura que había sido el señor de Attalus.

—¡Ya no más, Ascalante, ya no más! —susurró el estigio, y sus ojos ardieron rojos como los de un vampiro en la oscuridad. Encorvándose, tomó con las manos un puñado de sangre coagulada del charco inerte en el que estaba tendida su víctima y lo frotó contra los cobrizos ojos de la serpiente hasta que los destellos amarillos se cubrieron de una máscara carmesí.

—Ciega tus ojos, serpiente mística —entonó con un susurro espeluznante—. ¡Ciega tus ojos a la luz de la luna y ábrelos a abismos más oscuros! ¿Qué es lo que ves, oh, serpiente de Set? ¿A quién llamas desde los abismos de la Noche? ¿La sombra de quién cae en la Luz que declina? ¡Haz que venga a mí, oh, serpiente de Set!

Acariciando las escamas con un peculiar movimiento cíclico de sus dedos, un movimiento que siempre llevaba los dedos de vuelta al lugar de partida, su voz se atenuó aún más mientras susurraba oscuros nombres y truculentos conjuros olvidados en todo el mundo excepto en el lúgubre interior de la tenebrosa Estigia, donde formas monstruosas se mueven en la oscuridad de las tumbas.

Se movió el aire a su alrededor, en remolinos tales como los que se hacen en el agua cuando suben a la superficie algunas criaturas. Un viento helado y sin nombre sopló sobre él brevemente, como llegado de una Puerta abierta. Thoth sintió una presencia a su espalda, pero no se giró para mirar. Mantuvo los ojos fijos en el

espacio de mármol iluminado por la luna, sobre el que se cernía una sombra tenue. Mientras continuaba susurrando sus conjuros, dicha sombra se hizo más grande y más clara, hasta que al fin se perfiló, nítida y espantosa. Su contorno no era diferente del de un babuino gigante, pero un babuino tal jamás había caminado sobre la Tierra, ni siquiera en Estigia. Thoth no lo miró, sacó de su cinto una sandalia de su amo, que siempre portaba consigo con la débil esperanza de llegar a darle el uso adecuado, y la arrojó detrás de sí.

—¡Estúdiala bien, esclavo del Anillo! —exclamó—. ¡Encuentra al que la calzaba y destrúyelo! ¡Mírale a los ojos y arremete contra su alma antes de arrancarle la garganta! ¡Mátalo! ¡Sí —añadió con un estallido de ciega pasión—, y a todos los que haya con él!

Delineado en el muro que iluminaba la luna, Thoth vio al horror bajar su cabeza deforme y olisquear como si fuese un sabueso abominable. Luego, la espeluznante cabeza se echó hacia atrás y la cosa se dio la vuelta y se fue como el viento entre los árboles. El estigio levantó sus brazos al aire con júbilo enloquecido, y sus dientes y ojos brillaron a la luz de la luna.

Un soldado que estaba de guardia en el exterior de las murallas chilló sorprendido y horrorizado cuando una enorme y galopante sombra negra de ojos inflamados sorteó los muros y pasó a toda velocidad junto a él, como la ráfaga de un remolino de viento. Pero se marchó tan deprisa que el atónito guerrero se quedó pensando si no habría sido un sueño o una alucinación.